



María Romero, 69 años
María Silveira Vila, 22 años.

Parador de la plaza 186

La melena de la abuela caía sobre su espalda. Una y otra, siempre el mismo movimiento mecánico. Ya se sabe que las horquillas, aunque sean dos, incomodan el sueño. Yo cerraba fuerte los ojos. Era la ilusión de hacerme la dormida para ver lo prohibido del torso de la abuela al desnudo. Cuello, brazos, barriga de matriarca y grandes pechos negadores de la feminidad desde la muerte del abuelo, hacía ya muchos años. Nunca desde entonces había vuelto a poner un pie en la calle, pero no por ello vivía ajena al mundo.

A mí, casi tanto como hacerme la dormida, me encantaba ir a hacer recados los días de lluvia, con el paraguas prestado. Me paraba tiempo y tiempo bajo el chorro de agua que cayese con más fuerza del tejado de alguna de las pocas casas del pueblo. Resultaba curioso cómo la abuela tenía el poder de enterarse de mi placer de navegante de seco con la sorprendente rapidez de quien llega a casa y ya es reprochado en la puerta.

Era astuta cuando administraba su posada, cuando sabía que la faja de ballenas le iba a sujetar sus riñones un poco fuera de sitio, cuando me daba pan de higo adivinando mi hambre y cuando apagaba la luz para asearse de cintura para abajo, consciente de mis ojos entreabiertos de “haciéndome la dormida”.

La posada de la abuela era refugio para los visitantes pero todavía lo era más para mí. Soñaba con aquel lugar de pasajeros como la casa que siempre había ansiado tener. Sólo podía ver mi casa, la de mi madre, la de mis cuatro hermanos, como la próxima venta de mi padre para poder pagar sus días de taberna. Una casa con fecha de caducidad no es una casa.

A Francisco Romero, a mi padre, lo vamos a llamar por su nombre. El parentesco hay que ganárselo, como el padre feo de Josefina Morata, que la cogía en brazos, la besaba, la miraba. Por eso la abuela era sólo abuela y por eso el señor Morata era el padre más guapo de la tierra.

Con Francisco Romero tener la tosferina implicaba un “te tenías que haber muerto porque me estás costando mucho”. Yo dejé de entenderlo todo ya en el primer momento, así que me limitaba a esconderme cuando volvía a casa embaucado por litros de vino pagados por el beneficio de las aceitunas. Entonces yo le pedía a la virgencita de Tisca que nos conservase pequeños para poder seguir escondiéndonos debajo de las camas y ella me hacía caso, porque nunca teníamos la comida suficiente como para quedarnos llenos y dar ese estirón tan temido. Cualquier intento por parte de Francisco Romero por alcanzarnos suponía una caída difícilmente recuperable hasta la mañana siguiente, en la que las palabras estaban prohibidas. Entonces yo corría al número dos de la plaza, a pasarle la lendra a la melena blanca de la abuela y a dejar que ella adivinara mi hambre.

La abuela leía. La astucia para resolver nuestras vidas le venía de ese universo de las letras y la imaginación. Su padre, de una de aquellas familias de vida acomodada de Granada, había dado rienda suelta a su masculinidad en horas prohibidas, con la criada de su casa de ricos. Encuentros pródigos con ocho más como la abuela como



resultado. Huérfana de madre, abandonó el orfanato celebrando la mayoría de edad y dando la bienvenida a su nueva vida de emprendedora.

Era sabia. La posada daba la seguridad y el estraperlo del almacén, los extras, que marcaban la diferencia entre comer pan o comer queso que no sabía a lácteo, que sabía a gloria. Cuando todavía añoro ese no sé qué que se respiraba en el entorno de aquella posada presidida por la mujer de presencia notoria y espectral, abro a tientas mi joyero. No brillan, tienden a quedarse en el fondo, pero los pendientes de oro con perlas negras que la abuela me entregó en una de mis últimas visitas con sentido al pueblo, destacan sobre el resto de sortijas y abalorios relucientes. Discretos u ostentosos, nada cambia. Aquel par es el que significa.

Cuando lucían en las orejas de luto de la abuela, yo tenía miedo a pedir comida, a tener que volver a casa, a ir con el tío Lorenzo al campo, o a ir hacinada, junto a mis hermanos, en una de las alforjas del burro al pueblo. Ahora no tengo miedo a nada. En Alemania todavía lloraba cuando el médico me echaba de la consulta por no pronunciar bien "buenos días" en su idioma, pero ahora sólo tengo miedo de los recuerdos.

La abuela olía a rosas. Yo no sé si aquel era el filtro de mi pituitaria por la alegría que me daba estar con ella o si es que realmente aquella esponja mágica que se pasaba cada noche la mantenía fresca. La gaseosa, el vino y el postre marcaban la diferencia de las comidas en la posada. Pero a veces volvía forzada a la vida cuando me tocaba dejar el Parador de la Plaza Número Dos. Francisco Romero llegaba de nuevo a casa, ebrio como casi siempre, maldiciéndonos como de costumbre. Mi madre lo miraba ajena.

Y yo me acordaba de los argumentos de la abuela para tratar de cambiar el sino de uno de mis mayores miedos, al pasar por el cementerio: "hija mía, no tengas miedo de los muertos. Ten miedo de los vivos y, sobre todo, de los hombres, porque te dan caramelos para que te vayas con ellos, te hacen un agujero y te beben la sangre".

Lo importante de la vida

Ansiaba con tocar aquella muñeca de porcelana de mi madre, colocada en la estantería, pero ella pretendía siempre la exclusividad del que no quiere correr el riesgo de que algo pueda romperse. Así, la vida es siempre un anhelo continuo de eso que te falta, de eso que tú crees que te falta; sea mucho o sea poco. Mientras sueñas con lograr tus objetivos, un día, tu madre coge sonriente la muñeca de la estantería y se le da a tu primo. No puedes explicar el por qué. La porcelana es frágil. Se rompe.

Entonces, como la muñeca deja de existir, decides cambiar tu punto de vista. La bicicleta fue otro de mis deseos desde mi vida temerosa de niña de pueblo. Tal vez ese medio de transporte me hubiese hecho todo un poco más fácil en aquellos días de calma. Madrid y Alemania se cruzaron en mi camino. Madrid me regaló la sabiduría; Alemania, lo más duro de la vida y una bicicleta, de premio por el coraje. Finalmente sonreí el día que sentí la libertad de andar sobre aquellas dos ruedas, aunque fuese en otro escenario, nunca soñado en mis tardes de la sierra de Cazorla. Es por eso que tengo la seguridad de que nadie consigue lo que quiere en la vida. La línea de meta de la satisfacción absoluta parece que siempre se va alejando, como si la carrera estuviese trucada.



Quesada, mi pueblo, sigue en el mismo lugar. La que cambié fui yo. El escenario de la completa felicidad muda de nombre, de apellidos, hasta de condición. Mis tías se mostraban incrédulas con la llegada del hombre a la luna, pero el tiempo demuestra que todo puede ser. Llegan sorpresas, problemas, desavenencias, alegrías, grandes cambios. Todo de forma inesperada.

Ahora, con la perspectiva de vida que te aportan los 70 años, me maravillo al ver a la juventud. Pienso en mí, en el paso de las horas por María Romero, que la han convertido en madre en otro tiempo, en abuela en la actualidad. Miro al pasado con el respeto del paso del tiempo y la sabiduría de los días. La vida es eso; se dibuja sola, se encamina por sí misma. Te sorprende.